



Fundación Global Nature.

Remontar la CRISIS (pero esta vez sin repetir las viejas fórmulas, por favor...)

Es necesario un punto de inflexión para darnos cuenta de que nuestra cesta de la compra tiene mucho que ver con el modelo de sociedad que queremos

Jordi Domingo Calabuig
 Coordinador área Sostenibilidad Agroalimentaria
 Fundación Global Nature

Hasta las mejores novelas de ficción nos habrían parecido exageradas si incluyeran entre sus páginas una mínima parte de lo que hemos pasado esta primavera. Pero de nuevo, la realidad supera la ficción y millones de personas en todo el mundo pararon durante unas largas semanas.

O mucho me equivoco, o es la primera vez en la historia de la Humanidad que se paraliza una gran parte de la actividad económica de un día para otro. Y eso significa muchas cosas.

Lo primero, y como reflejo directo del modelo económico en el que vivimos, asistimos a una crisis económica sin precedentes. Por cierto, no deja de ser curioso que nos hayamos construido un modelo económico en el que el motor a ralentí no funciona, y solo lo hace cuando quema combustible sin parar y va al límite de sus posibilidades... pero dejemos este tema para otro día. La otra consecuencia también ha sido evidente para todos. Nuestro planeta parado, ha mostrado signos de una potente capacidad de recuperación. Ha vuelto a respirar, demostrándonos que si agoniza es por nuestra culpa. Lo ha mostrado de todas las maneras posibles: a través de las emisiones de

gases de efecto invernadero, de la disminución de contaminantes en las ciudades, de los movimientos de la fauna silvestre, de la calidad de agua en ríos...

“Nuestro planeta parado ha mostrado signos de su gran capacidad de recuperación”

¿Cambio de ciclo, nueva era, reorganización de nuestra manera de entender el mundo...? Estas eran las grandes promesas que se leían en todos los medios cuando apenas estábamos atisbando el final del confinamiento. Pero ahora que estamos en eso tan raro que hemos llamado nueva normalidad, el discurso ha cambiado radicalmente. Pasado lo peor del temporal, ahora se evalúan los daños, el tamaño de los agujeros en el casco de nuestro maltrecho barco, se miran de reojo los tiburones que merodean y que calculan si seremos capaces de llegar a puerto seguro... y llega la urgencia económica, la que todo lo puede y todo lo justifica.

Está claro que la paralización de la actividad ha afectado a todos de algún modo, grandes y pequeños. Un amigo panadero me comentaba que eso de que “al menos a algunos les ha ido bien”, por eso de la locura panadera que nos entró a todos y por poner un ejemplo de un sector que no llegó a parar del todo, no es cierto. El que más o el que menos ha visto cómo su actividad decaía. Pero a río revuelto, hay quienes calculan las ganancias. Hemos visto ya a varias multinacionales hacer sus cuentas, unas cuentas que venían haciendo desde hace años por cierto, y que deciden trasladar sus grandes centros productivos a otros lugares, donde el contexto les resulta (aún) más favorable. Vuelve a asomarse en la prensa el ladrillo más duro disfrazado de turismo y recuperación económica. Y un clásico entre los clásicos: las ayudas al motor, aunque eso nos haga dar un paso atrás inundándonos con más vehículos, con motores obsoletos y



Fundación Global Nature.

más contaminantes y fabricados por empresas que a la mínima de cambio argumentarán una falta de competitividad.

Ya me voy haciendo mayor y no soy tan ingenuo para pensar que el mundo va a cambiar del día a la noche, pero me resisto a pensar que de todo esto no vayamos a aprender nada. Y hay dos aspectos en los que creo que realmente lo tenemos fácil.

“La movilidad y la alimentación son dos de los aspectos que deberíamos replantearnos”

El primero es sin duda la movilidad. Es una revolución que estaba a punto de producirse antes de todo esto. Vimos ciudades agonizantes que empezaron a gestionar su tráfico, caminamos hacia ciudades más amables para los ciudadanos, con más transporte público y hacia un parque móvil cada vez menos dependiente del petróleo. El COVID ha añadido una inesperada guinda: la reducción del tráfico aéreo. Tenemos una oportunidad de oro para darle un giro de 180° a la manera de entender la movilidad y en base a ello generar trabajo más cualificado, más estable e innovador, y

por tanto menos dependiente del concepto de competitividad de una empresa. No voy a dar lecciones a nadie porque no soy capaz. Pero, antes de salir a toda prisa a reforzar al sector, pensemos en el modelo que queremos potenciar y a quién queremos apoyar, no vaya a ser que hagamos marcha atrás.

“**La sociedad ha sido consciente de nuestra dependencia del sector agroalimentario**”

El otro cambio en el que deposito mis esperanzas es la alimentación, y por extensión la agricultura y ganadería. Justo antes de esta pandemia, vimos salir a la calle a agricultores y ganaderos para protestar por unos precios insostenibles que reflejan muchos fallos en la cadena, pero ante todo un menosprecio generalizado hacia el sector. Unos dirán que faltan medidas de protección legales, otros culparán a la distribución, a los intermediarios... y lo cierto es que hay de todo un poco, pero al final no deja de ser un menosprecio a varios niveles. Y por supuesto también en lo individual, porque cada gesto o cada gesto que no hemos tenido, cuenta.

Si algo bueno ha traído el confinamiento es que, aunque sea por unos segundos, la sociedad ha sido consciente de la dependencia que tenemos del sector agroalimentario. Todos nos dimos cuenta en algún momento de lo que de verdad significa un “sector estratégico”. En Fundación Global Nature, llevamos décadas acompañando a agricultores y ganaderos en su camino hacia la sostenibilidad. Hablamos de “acompañar” porque se trata de un aprendizaje mutuo. Trabajamos juntos para lograr una actividad agraria más responsable con el medio ambiente, que ayude a conservar paisajes que sea competitiva y que además supone un valor añadido que pueda proporcionar unos ingresos dignos. Es necesario que se produzca un punto de inflexión que nos sirva para darnos



Fundación Global Nature.

cuenta de que nuestra cesta de la compra tiene mucho que ver con el modelo de sociedad que queremos. Cada vez que volvamos de la compra, deberíamos detenernos unos minutos y preguntarnos cuántos de los productos tienen origen local, si se trata de un producto de temporada o si ha viajado desde el otro rincón del mundo, si el precio que se ha pagado por él es digno y cubre de verdad lo que cuesta, si se ha producido sosteniblemente, etc. Cada una de estas preguntas, y cada una de sus respuestas, tiene una relación íntima con la sostenibilidad y con la viabilidad de nuestros productores a los que quizás habíamos olvidado.

Tampoco es nada descabellado ¿verdad? Dejadme pensar que algo aprenderemos de todo esto y que no seremos capaces de desaprovechar esta oportunidad. ■



Jordi Domingo Calabuig.